

Nada, ni alas de murciélago, ni cola, ni cuernos, ni siquiera olor a azufre. Apenas un imperceptible tufillo a naftalina que emanaba del sobretodo verdinegro, bastante raído con que cubría su larga y huesuda humanidad.

Dos ojillos verdosos y movibles acomo dos llamitas a punto de extinguirse le iluminaban el rostro de cera. El viento que se colaba por la puerta mal cerrada, parecía jugar con sus ojos mustios.

La tía Milagros, previendo sin duda un "sablazo", -después de la última compra de bonos hipotecarios, se sentía en la miseria - no quiso recibirlo. Tras de un ligero cuchicheo salió la tía Trinidad. Venía toda nerviosa porque no había alcanzado a quitarse el delantal y hacía prodigios por ocultar el tejido y los palillos. Le costó un mundo dar con el mechero para encender las demás luces de la lámpara.

El visitante la acogió con una profunda reverencia.

Dijo que se llamaba Ciriaco Ponce - Ponce de los buenos, Ponce de León según las crónicas - y que "a falta de otra cosa peor que hacer", se dedicaba a practicar el bien.

Y ante el asombro de la tía Trinidad, puso en sus manos una carta autógrafa del obispo titular de Eucea, fallecido meses antes en olor de santidad. En untuosos términos, Su Ilustrísima, encarecía los consuelos que vertiera como un bálsamo, en su alma atribulada de Pastor, el encomiable celo de su feligrés, don Ciriaco Ponce, en la ímprobata tarea de allegar fondos para la buena prensa.

La carta del señor Obispo, fué para el corazón de la tía Trinidad, un "cesamo ábrete" que dejó a la vista sus más ocultos tesoros. Sus ternuras, sus recuerdos, sus preocupaciones desfilaron con el paso lento de una caravana ante los ojos mortecinos del vejete.

Le habló de todo: de la reciente muerte de su hermana,

M 55 002
13/2002

Nada, ni alas de murciélago, ni cola, ni cuernos, ni siquiera olor a azufre. Apenas un imperceptible tufillo a naftalina que emanaba del sobretodo verdinegro, bastante raído con que cubría su larga y huesuda humanidad.

Dos ojillos verdesos y movibles acomo dos llamitas a punto de extinguirse le iluminaban el rostro de cera. El viento que se colaba por la puerta mal cerrada, parecía jugar con sus ojos mustios.

La tía Milagros, previendo sin duda un "sablazo", -después de la última compra de bonos hipotecarios, se sentía en la miseria - no quiso recibirlo. Tras de un ligero cuchicheo salió la tía Trinidad. Venía toda nerviosa porque no había alcanzado a quitarse el delantal y hacía prodigios por ocultar el tejido y los palillos. Le costó un mundo dar con el mechero para encender las demás luces de la lámpara.

El visitante la acogió con una profunda reverencia.

Dijo que se llamaba Ciriaco Ponce - Ponce de los buenos, Ponce de León según las crónicas - y que "a falta de otra cosa peor que hacer", se dedicaba a practicar el bien.

Y ante el asombro de la tía Trinidad, puso en sus manos una carta autógrafa del obispo titular de Eucea, fallecido meses antes en olor de santidad. En untuosos términos, Su Ilustrísima, encarecía los consuelos que vertiera como un bálsamo, en su alma atribulada de Pastor, el encomiable celo de su feligrés, don Ciriaco Ponce, en la ímproba tarea de allegar fondos para la buena prensa.

La carta del señor Obispo, fué para el corazón de la tía Trinidad, un "Sesamo ábrete" que dejó a la vista sus más ocultos tesoros. Sus ternuras, sus recuerdos, sus preocupaciones desfilaren con el paso lento de una caravana ante los ojos mortecinos del vejete.

Le habló de todo: de la reciente muerte de su hermana,

Nada, ni alas de murciélago, ni cola, ni cuernos, ni siquiera olor a azufre. Apenas un imperceptible tufillo a naftalina que emanaba del sobretodo verdinegro, bastante raído con que cubría su larga y huesuda humanidad.

Dos ojillos verdesos y movibles acomo dos llamitas a pante de extinguirse le iluminaban el rostro de cera. El viento que se colaba por la puerta mal cerrada, parecía jugar con sus ojos mustios.

La tía Milagros, previendo sin duda un "sablazo", -después de la última compra de bonos hipotecarios, se sentía en la miseria - no quiso recibirlo. Tras de un ligero cuchicheo salió la tía Trinidad. Venía toda nerviosa porque no había alcanzado a quitarse el delantal y hacía prodigios por ocultar el tejido y los palillos. Le costó un mundo dar con el mechero para encender las demás luces de la lámpara.

El visitante la acogió con una profunda reverencia.

Dijo que se llamaba Ciriaco Ponce - Ponce de los buenos, Ponce de León según las crónicas - y que "a falta de otra cosa peor que hacer", se dedicaba a practicar el bien.

Y ante el asombro de la tía Trinidad, puso en sus manos una carta autógrafa del obispo titular de Eucea, fallecido meses antes en olor de santidad. En untuosos términos, Su Ilustrísima, encarecía los consuelos que vertiera como un bálsamo, en su alma atribulada de Pastor, el encomiable celo de su feligrés, don Ciriaco Ponce, en la ímproba tarea de allegar fondos para la buena prensa.

La carta del señor Obispo, fué para el corazón de la tía Trinidad, un "Gesamo ábrete" que dejó a la vista sus más ocultos tesoros. Sus ternuras, sus recuerdos, sus preocupaciones desfilaron con el paso lento de una caravana ante los ojos mortecinos del vejete.

Le habló de todo: de la reciente muerte de su hermana,